

sarle; pero una tropa de Pilios se arroja á defenderle.

Crúzanse de una y otra parte tantas flechas, que se ocultó el cielo, y no se veían los hombres: oíanse lastimosos alaridos de los moribundos, y el horrisono estruendo que causaban las arinas de los que caían: gime la tierra bajo el peso de tanto cadáver: arroyos de sangre corren por todas partes, miéntras Belona y Marte, acompañados de las furias infernales, cuyas horrosas vestiduras destilan gotas de negra sangre, apacientan sus crueles ojos en tan inhumano espectáculo, renuevan incesantemente la rabia en los corazones, y ahuyentan de los dos ejércitos la piedad, la moderacion y todo sentimiento de humanidad. Todo era allí estrago, venganza, desesperacion, encarnizamiento y furor brutal. Hasta la invencible Palas se estremece al verlo, y retrocede horrorizada.

Avanza Filoctetes á paso lento al socorro de Nestor, llevando las flechas de Hércules en la mano. Y Adrasto, no habiendo podido llegarse al divino anciano, se venga en los Pilios matando muchos de ellos.

Ya habia derribado á Ctesilas, tan ligero en la carrera, que apenas dejaba señal de sus huellas, y se adelantaba en su país á las mas rápidas olas del Eurotas (1) y del Alfeo (2): tenia tambien á sus pies á Eutifron mas bello que Hilas (3), y no ménos infatigable

(1) El Eurotas, hoy Basilipotauras é Iris, es un gran río de la Morea que desagua en el golfo de Colochina.

(2) El Alfeo es otro gran río que atraviesa la Morea y entra en el golfo de la Arcadía.

(3) Hilas, hermosísimo muchacho, hijo de Tiodamas, amado de Hércules, fué robado por las ninfas, segun dice

cazador que Hipólito: Pterelas, que habia seguido á Nestor al sitio de Troya, y que por su valor y sus fuerzas se habia hecho estimar del mismo Aquiles: Aristogiton, que habiéndose bañado en las aguas del río Aqueloo (1), recibió secretamente de este dios la virtud de tomar todas las formas que quisiese; y era tan ligero y pronto en sus movimientos, que se escapaba de entre las manos aun á los mas fuertes; pero Adrasto de un bote de lanza le dejó inmóvil, y le hizo exhalar el alma envuelta en sangre.

Viendo Nestor que á manos del cruel Adrasto caían sus mas bravos capitanes, como caen en el otoño las rubias espigas á los golpes de la cortante guadaña de un infatigable segador, se olvida del peligro á que inútilmente esponia su vejez, se olvida de su prudencia, y solo cuida de seguir con la vista á su hijo Pisistrato que sostenia por su parte el combate con el mayor ardimiento por alejar de su padre el peligro. Mas era llegado el fatal momento en que Nestor conociese que muchas veces es desgracia tan larga vida.

Tira Pisistrato la lanza á Adrasto con tal violencia, que sin duda le traspasara, si el Daniense no evitase el golpe; pero miéntras que él se incorpora y recobra la lanza, le atraviesa Adrasto con un dardo por el vientre. Empezáronle al instante á salir las entrañas entre

la fábula, miéntras sacaba del agua su cántaro que habia dejado caer. Pero la verdad es que se cayó él mismo en el agua, y que su muerte dió lugar á la voz que se esparció de su pretenso rapto.

(1) Aqueloo, río del Acarnania, en el Epiro, que separa de la Natolia, nace en el monte Pindo.

un torrente de sangre : marchítase su tez como se marchita una flor cogida en un prado por una niña : perdiéron sus ojos su lumbré , y la voz estaba ya casi muerta , cuando Alceo , su ayo , le sostuvo al caer , y no tuvo mas tiempo que para conducirle á los brazos de su padre . Quiso hablar en ellos Pisistrato , y darle las últimas muestras de su amor ; pero al abrir la boca espiró .

Mientras Filoctetes causaba al rededor de sí los mayores estragos para rechazar los esfuerzos de Adrasto , estrechaba Nestor entre sus brazos el cadáver de su hijo : llenaba el aire de gritos , y le era odiosa la luz . ¡ Qué desgracia , decia , ha sido para mí ser padre , y vivir tanto tiempo ! ¡ Ay de mí ! ¡ porqué , ó cruel destino , porqué no me quitaste la vida en la caza del javalí de Calidon (1) , en el viage de Colcos (2) , ó en el primer sitio de Troya ! Entónces hubiera muerto con lauro y sin amargura ; mas ahora arrastro una dolorosa vejez débil y despreciada ; solo estoy vivo al dolor , y solo á la tristeza soy sensible . ¡ Hijo mio ! ¡ mi querido Pisistrato ! Cuando perdí á tu hermano Antíloco , me quedabas tú para mi consuelo , mas ahora que tambien tú me faltas , ¿ qué será capaz de consolarme ? ¡ para mí se acabó todo ! Ni la esperanza , que es el único consuelo de los afligidos , puede serlo para mí : es un bien á que no puedo aspirar . ¡ Antíloco ! ¡ Pisistrato ! ¡ hijos míos !

(1) Calidon , antigua ciudad de Etolia , hoy Aiton , en la Livadia , estaba desolada por un horrendo Jabalí que Meleagro emprendió domar , pero no lo pudo conseguir sin el socorro de Teso .

(2) El viage de Colcos fué emprendido para ir á la conquista del vello de oro .

hoy me parece que os pierdo á ámbos , pues la muerte del uno renueva la profunda herida que me hizo la del otro . ¡ Ya no volveré á veros ! ¿ quién cerrará mis ojos ? ¿ quién recogerá mis cenizas ? ¡ ó Pisistrato ! tú has muerto , imitando á tu hermano , como hombre valeroso : solo yo soy el que nunca muere .

Al decir esto se atravesará con un dardo si no le contuvieran : arrancáronle el cadáver , y como el desgraciado anciano se desmayase , le condujéron á su tienda ; y recobrado un poco , quiso volver á la batalla ; pero le detuviéron á su pesar .

Entretanto se andaban buscando Adrasto y Filoctetes ; centelleaban los ojos de ámbos como los del leon y el leopardo cuando en las campiñas que riega el Caistro (1) se buscan para despedazarse . Las amenazas , el furor marcial , y la cruel venganza brillaban en sus furibundos ojos : á lo quiera que caían sus dardos , llevaban la muerte consigo : amedrentadas estaban las tropas . Llegó ya el caso de que se viesén , y de que Filoctetes se dispusiese á dispararle una de aquellas terribles flechas , que saliendo de su mano jamas erráron el tiro , ni dejaban esperanza de que se curasen las heridas . Pero Marte , que defendia al cruel é intrépido Adrasto , no permitió que tan pronto pereziese para prolongar por su medio los horrores de la guerra , y multiplicar los destrozos ; y ademas le conservaba la justicia divina para castigo de los hombres , y derramar su sangre .

En el momento en que Filoctetes iba á acometerle , le hirió á él con una lanza Anfímaco , mancebo Lu-

(1) El Caistro , hoy Chiais , es un rio de Natolia en el Asia , que corre entre el Sarabato y el Madre , cerca de la ciudad de Efeso , por la parte del norte .

caniense, mas bello que el famoso Nireo (1), cuya hermosura solo cedia á la de Aquiles entre todos los Griegos que militaron en el sitio de Troya. Apénas se sintió herido Filoctetes, cuando disparó la flecha á Amfimaco, y le atravesó el corazon. Inmediatamente eclipsáron la luz de aquellos hermosos ojos las negras tinieblas de la noche, y se marchitáron los corales de sus labios, mas vermejos que las rosas con que al nacer la aurora matiza el orizonte: una horrorosa palidez ocupó sus mejillas; y aquel rostro, ántes delicado y hermoso, repentinamente quedó tan desfigurado que hasta el mismo Filoctetes le tuvo compasion; ni habia quien no la tuviese al ver á aquel jóven revolcándose en su sangre, y arrastrando por el suelo su hermosa cabellera, en nada inferior á la del mismo Apolo.

Vióse Filoctetes precisado á retirarse, porque perdía con la sangre las fuerzas; y hasta su antigua herida, resentida con los esfuerzos del combate, parecia que se iba á renovar y los dolores con ella, pues ni los hijos de Esculapio aun con su ciencia divina pudieron enteramente curarla. Ya iba á caer sobre un monton de ensangrentados cadáveres que al rededor tenia, cuando Arquidamas, el mas bravo y diestro de todos los Ebalienses (2) que habia llevado consigo para fundar á Petilia, le sacó del combate en el momento mismo en que fácilmente le hubiera Adrasto derribado á sus pies. No encontraba ya este príncipe nadie que se atreviera á oponérsele, ni quien le retardase la victo-

(1) Nireo era un rey de Naxos, hoy Niosia: fué muy hermoso, pero muy cobarde.

(2) Los Ebalienses eran unos pueblos de Italia, cercanos de Tarento.

ria: todo cae á sus golpes, y todos huyen de ellos, semejante á un torrente cuya impetuosidad supera los diques, y se lleva tras sus furiosas olas cosechas, pastores, ganados y lugares.

Oyó Telémaco á lo léjos la algazara de los vencedores: vió el desórden de los suyos que huían de Adrasto como una tropa de tímidos ciervos atraviesa las vastas campiñas, los bosques, los montes, y aun los mas rápidos rios, cuando se ve perseguida de cazadores.

Se conmovió Telémaco al verlo, enciéndose en ira, y dejando aquellos sitios en que con tanto peligro como gloria estuvo largo rato peleando, se apresura, corre, llega á sostener los suyos, cubierto de la sangre de una multitud de enemigos que fuéron víctimas de su valor. Da una voz, y ámbos ejércitos la oyen.

Puso en ella Minerva un no sé qué de terrible que la hizo resonar hasta en los montes inmediatos. Jamas dió Marte en la Tracia voz que tanto se oyese cuando llamaba á las furias infernales, la guerra y la muerte. Este grito de Telémaco infundió á los suyos valor y osadía, y espanto y terror en los enemigos. Adrasto mismo se avergüenza al verse turbado: ciertos funestos presagios le hacen estremecer, é ya mas es despecho que valor lo que le anima. Tres veces le flaqueáron trémulas las rodillas, y tres veces retrocedió sin saber lo que hacia: una mortal palidez, un sudor frio le cubre todos los miembros: ronca y trémula la voz no le permite acabar las palabras empezadas: brilla en sus ojos un furor sombrío, y parece se le van á saltar del casco. Veíasele como á Orestes agitado por las furias: todos sus movimientos eran convulsivos. Entónces fué cuando empezó á creer que

habia dioses : imaginábase que les veía irritados , y que oía una sorda voz que salia del hondo del Averno , y le llamaba al negro Tártaro : en todo hallaba una mano celeste é invisible que amenazaba su cabeza , y retardaba el golpe para descargarle con mas fuerza : estaba en su pecho muerta la esperanza , y su audacia se disipaba como se desvanece la luz del dia cuando el sol se sumerge en las olas , y se apodera de la tierra las sombras de la noche.

El impío Adrasto , por tanto tiempo tolerado en el mundo , demasiado sufrido si los hombres no lo hubieran necesitado para su castigo , se acercaba por fin al término fatal de su vida. Corre desatinado á su inevitable destino , y lleva consigo el horror , los devoradores remordimientos , la consternacion , el furor , la rabia y la desesperacion. Apenas vé á Telémaco , cuando se le representa abierto el Averno , y que le iban á arrebatár los torbellinos de llamas que arroja el negro Flegeton (1). Dió un grito , y se le quedó abierta la boca sin poder pronunciar palabra : semejante á un hombre dormido que entre los temores de un medroso sueño abre la boca , se esfuerza á hablar , y á pesar de sus esfuerzos le faltan las voces , y enmudece. Tírale su dardo con mano trémula y precipitada ; y Telémaco , con aquel denuedo propio de los amigos de los dioses , se cubre con el escudo ; de modo que parecia que la misma victoria cubriéndole con sus alas le tenia suspendida sobre la cabeza una corona : en sus ojos estaban representados el valor y la tranquilidad ; hubiérasele equivocado con la misma Palas , tan sabio y mesurado estaba en medio de

(1) El Flegeton es un rio de los infiernos que vierte fuegos ardientes , y cuyas olas no son sino llamas.

los mayores peligros. Viendo pues Adrasto su dardo rechazado por el escudo , tira inmediatamente de la espada para quitar á Telémaco la ventaja de que le lanzase el suyo. Adviértelo el mancebo , y empuña prontamente la suya , sin hacer uso del dardo.

Cuando los demas combatientes les viéron acometerse de cerca , se quedaron suspensos y silenciosos , miránolos atentamente , y esperando que en este singular combate se decidiese la suerte de la batalla. Crúzase repetidas veces las cortadoras espadas , brillantes como los relámpagos que abortan los rayos , y dan con ellas desaforados , aunque inútiles golpes sobre las brúnidas armaduras. Ya se alejan uno de otro , se acometen de cerca , se bajan y vuelven á levantar , hasta que por fin se aferran. No se estrecha mas la yedra con el duro y nudoso tronco á cuyo pie nace , ni se entrelazan mejor sus ramas , que se estrecháron los dos combatientes. Adrasto no habia perdido nada de sus fuerzas ; Telémaco aun no tenia todas las suyas : emplea aquel todos los medios de sorprenderle para derribarle ; intenta quitarle la espada , la busca , y en el acto le hace perder tierra Telémaco , y da con él en el suelo. Entónces fué cuando este impío , eterno despreciador de los dioses , dió muestras del vil temor que tenia á la muerte ; le causa vergüenza pedir la vida , y no puede disimular que la desea : procura en fin mover á compasion á Telémaco , y le dice : Ahora , hijo de Ulises , conozco á los justos dioses , y que me castigan como merezco : solo en el infortunio se abren los ojos de la razon para ver la verdad : yo lo veo , ella me condena ; mas la desventura de un rey debe recordaros á vuestro padre , y enterneceros el corazon.

Telémaco , que le tenia debajo de sí , y levantada ya

la espada para degollarle, le respondió al instante : Yo solo deseo la victoria y la paz de las naciones, en cuya ayuda he venido, no el derramamiento de sangre. Vivid, pues, Adrasto; mas vivid para corregiros; restituid todo lo que tenéis usurpado; restableced el sosiego y la justicia en las costas de la gran Hesperia que tenéis manchada con tantas muertes y traiciones: vivid, pero para ser otro: aprended en vuestra caída que los dioses son justos, y los malvados infelices; que estos se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira; y que en fin solo en la virtud pura y constante se encuentra la tranquilidad y la dicha: dadnos en rehenes á vuestro hijo Metrodoro, con doce de vuestros mas principales vasallos.

Al concluir estas palabras dejó Telémaco que se levantara Adrasto, y le alargó la mano, sin recelar de su mala fé; pero este le correspondió tirándole un dardo muy pequeño, que llevaba oculto, tan aguzado, y con tanta destreza que atravesara las armas de Telémaco si no fueran divinas, y despues se refugió á un árbol para evitar el alcance del jóven griego, que al ver tal pérfidia exclamó: Ya lo veis, Danienses, nuestra es la victoria; ese impío solo á traicion se salva. Él que no teme á los dioses, teme la muerte: por el contrario él que los teme, solo á ellos teme. Dijo, y avanzó hácia ellos, haciendo señas á los suyos, que estaban del lado allá del árbol, para que estorbasen el paso al pérfido Adrasto, el cual, temiendo que se le cortasen, hizo como que retrocedia para abrirse camino por medio de los Cretenses que se le cerraban; pero cayó de golpe sobre él Telémaco, con la misma velocidad que cae desde el alto Olimpo sobre la cabeza de los criminales el terrible rayo que lanza con su diestra el supremo Jove.

Asele con mano victoriosa y le aterra así como el cruel Aquilon abate las tiernas mieses que doran la campiña: cierra los oidos á las súplicas que aun tiene el impío valor de hacerle con la esperanza de volver á abusar de la bondad de su corazon: le atraviesa con la espada el pecho, y le precipita á las llamas del negro Tártaro, digno castigo de sus maldades.

FIN DEL LIBRO VEINTE.